

Biblioteca-Films

UN LADRÓN EN EL PARAÍSO

Núm. 153

25 cts.



Doris
Kenyon

Ronald
Colman

Aileen Pringle



FITZMAURICE, George

BIBLIOTECA FILMS

"TITULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

Valencia, 254 - Teléfono 988 G

AÑO III

BARCELONA

Núm. 153

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Un ladrón en el Paraíso

CA THIEF ON PARADISE (1924)
un drama de la conciencia humana

Producción: FIRST NATIONAL

Exclusiva

Metro Goldwyn Corporation

Mallorca, 220 — BARCELONA

PERSONAJES

Elena Saville	Doris Kenyon
Carmina	Aileen Pringle
Blake	Ronald Colman

Argumento de esta película

Muy cerca del litoral chino existe una isla, casi un islote, por lo pequeña; pero que es un verdadero paraíso por la riqueza de su exuberante vegetación. Otra riqueza mucho más apreciable se guarda en el arcano de las aguas que circundan la isla, pues abundan en su seno criaderos de perlas de gran tamaño, perlas más apreciadas que las de Sumatra y que las del Africa del Sur.

Un pequeño golfo formado en la parte Este de la isla forma como un abrigo o puerto natural donde las embarcaciones se guarecen contra los vientos tempestuosos cuando vienen a traer a los mercaderes de perlas continentales.

A este abrigo natural se le ha bautizado por los mercaderes chinos y por los pescadores de Oceanía "El Puerto de las Almas Perdidas".

Esta isla es el refugio desolado de náufragos del mar de la vida.

Blancos y amarillos, movidos por la misma codicia, o desesperados de la vida, buscaban a diario en el seno del mar el codiciado tesoro: la perla.

La isla en cuestión se ha ido poblando de lindas y caprichosas casas de todos los estilos, construídas por los aventureros que han buscado retiro y olvido del mundo en aquel exuberante rincón del globo.

Muchas de estas habitaciones, construídas entre el follaje de jacintos, rosas de pitiminí y flores de loto pertenecían a una diversidad de aventureros que habían ocultado en el trabajo durísimo de la pesca de la perla, una vida de crímenes.

Frente del llamado "Puerto de las Almas Perdidas", dentro del mar hay un pontón amarrado fuertemente al fondo por medio de cuatro áncoras. Es desde este pontón que los pescadores de perlas se arrojan al fondo del mar en busca de la apreciada concha perlera.

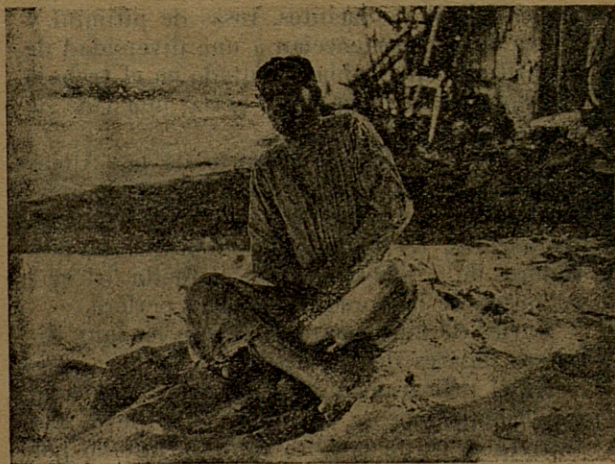
Varios de estos pontones se ven en muy diversos lugares dentro del mar.

En el primeramente citado vemos tumbado, casi completamente desnudo, pues lleva sólo taparrabos, a un hombre fornido, tostado por el sol, joven aún, pues apenas debe frisar en los treinta y cinco.

Llámase Blake y es californiano. Este muchacho había rodado por todos los abismos; apurado todas las amarguras; probado todos los medios de ganarse la vida fuera de la ley; héchose ladrón. Pero la ambición, resorte único de su vida, sosteníale aún en esta decisiva batalla contra la adversidad.

Mientras a su lado, en el mismo pontón,

unos pescadores se dedican a su penoso trabajo de sumerjirse en el fondo del mar en busca de la preciosa concha, Blak, sentado en el pontón se dedica a abrir con un cuchillo las que



Llámesese Blake y es Californiano.

él ha arrancado de lo más profundo del abismo marítimo y va metiendo en una bolsa de cuero las perlas que va sacando de las conchas pescadas.

Cada vez que arranca una, contrasta su peso, haciéndola saltar en el cuenco de su mano; luego la toma delicadamente entre el pulgar y

el índice y la levanta hasta la altura de sus ojos para mirarla a través de la luz.

Ya conocemos a Blake, el ladrón refugiado en una isla de los mares de China, convertido en pescador de perlas.

Dejemos el pontón pesquero y pasemos a una de las casas más lindas y lujosas construída entre un bosque de cocoteros y rodeada de un florido jardín.

La casa es de madera; pero interiormente está arreglada con gusto y hasta coquetonamente; notándose en su arreglo la influencia de una mujer.

Tumbado entre divanes vemos a un hombre de cutis moreno, reluciente, como curtido por un trabajo constante al sol y por las áuras salobres del mar.

Su aspecto es triste, casi feroz, contribuyendo a darle este aspecto las condiciones de media obscuridad en que se encuentra la habitación.

Digamos en seguida su nombre.

Llámesese Felipe Jardine, otro náufrago de la vida para quien no había redención posible: en su alma gangrenada, todos los resortes estaban rotos. El padre de Felipe Jardine es un multimillonario de San Francisco que ha desheredado a su hijo y lo arrojó de su casa cuando aquél contaba diez y seis años.

Vive en compañía de Felipe una mujer, joven y hermosa, llamada Carmina, una flor de los trópicos, llena de fascinación, de misterio

y de ponzoña; una aventurera tan linda como perversa.

Carmina se ha unido a Felipe Jardine, a quien conoció en Shangai y sabedora de que era hijo único de un multimillonario, no había vacilado en asociarse a su odisea y acompañarle siempre en sus arriesgadas empresas y aventuras.

A decir verdad Carmina no ama a Felipe Jardine; pero le soporta en espera de que un día pueda ser rehabilitado por el autor de sus días y vivir a costa de los muchos millones que pueda heredar el aventurero.

Como decíamos, Felipe Jardine hállase tumbado perezosamente entre cojines.

En el marco de la puerta entreabierta se halla Carmina, vestida con un lujoso salto de cama, contemplando el horizonte en actitud pensativa.

De pronto, saliendo de su ensimismamiento, pone su mano diestra sobre los ojos a guisa de pantalla y escudrilla el horizonte. Súbitamente cierra la puerta y va hacia donde se halla su compañero:

—¡Felipe, Felipe, un barco!... Tal vez te trae noticias de tu padre; quizá el perdón y, ¿quién sabe?, acaso dinero.

Jardine levantó los hombros en ademán de indiferencia y con gran desprecio replicó malhumorado:

—No te forjes ilusiones, Carmina... Ese vie-

jo avaro no es capaz de darme ni... los buenos días.

—Si eso es así, si no esperas socorros pecuniarios del autor de tus días, no seas mandria y trabaja. Pesca perlas como hacen cuantos aquí han venido. Tú eres un excelente buzo, como lo has probado cuando has querido... ¿Ves a Blake? En dos días ha hecho un fortunón. Créeme, dedícate de nuevo a la pesca y cuando hayamos reunido un capitalito nos iremos a San Francisco, a ver si ablandamos al viejo.

—Bueno, déjame en paz... Hoy no tengo ganas de pescar; mañana veremos.

—¡Qué poca lacha tienes, Felipe!

II

No se había equivocado Carmina. El barco que ella había visto en el horizonte acababa de fondear en "El Puerto de las Almas Perdidas", y una hora más tarde, un marino negro llamaba a la puerta de la habitación de Felipe Jardine.

Carmina abrió.

—¿El señor Felipe Jardine?

—Aquí vive.

—Esta carta para él.

—Gracias.

Carmina en pago del servicio entregó al negro portador una perla que aquél agradeció entusiasmado.

Felipe había salido de su vivienda para ir hasta el pontón para dedicarse aquella tarde a la pesca de la concha madreperla.

Carmina desgarró el sobre y leyó:

Felipe: Te envío quinientos dólares para que regreses inmediatamente. Si no lo haces, considérate desheredado y desligado para siempre de tu familia.

Eduardo Jardine.

Apenas Carmina hubo leído la carta salió de su habitación, llevando en su mano la carta, y corrió a la orilla del mar para llamar a su compañero que se hallaba en el pontón situado a una distancia de más de una milla dentro del mar.

Iba a llamarle a gritos; mas su voz se ahogó en su garganta al ver lo que sucedía sobre el pontón. Llevóse las manos a la cabeza en actitud desesperante y abrió ojos y boca espantada.

Cuando Felipe Jardine hubo llegado a nado al pontón, se metió de cabeza hasta el fondo del mar y al cabo de unos pocos minutos salió llevando en sus manos dos magníficas conchas madreperlas. Se sentó; con un cuchillo

abrió la mayor y extrajo de su interior una perla magnífica, la mayor de las pescadas en aquellos mares.

La contempló admirado. Era aquella perla peregrina el fin de sus fracasos; el mago Sé-samo que le abría las puertas de una nueva vida; su redención; su triunfo; su fortuna.

A la vista de aquel tesoro—pues era una perla tamaño como un huevo pequeño de gallina, de un esférico perfecto y de un oriente bellísimo—Felipe reía, lloraba, se retorció en una alegría tan grande, que no pudo menos de llamar la atención de Blake, el ladrón, quien se hallaba sentado a su lado. Blake miró por sobre el hombro de Felipe y vio con sorpresa que la alegría de Felipe estaba perfectamente justificada: en su vida había visto una maravilla semejante.

A la vista de la perla, un chispazo de codicia fulguró en el alma de ladrón de Blake: su instinto de robo se apoderó de su alma.

Felipe Jardine tenía la prodigiosa secreción de la madreperla en la palma de su mano; Blake se volvió lentamente y extendiendo el brazo, lo alargó rápidamente hacia la mano de Felipe para apoderarse de la perla. Este cerró la mano a tiempo y se irguió iracundo para defender su tesoro; mas el ladrón se levantó también y una lucha titánica se entabló entre ambos para la posesión de aquel fruto de los mares.

El pontón en que ambos luchadores se mo-

vían era de tan pequeñas dimensiones que estaban en constante peligro de dar con sus cuerpos en el mar.

Ambos cayeron entrelazados en el piso del pontón cuando Carmina llegó a la orilla del mar. Vió la joven cómo Felipe tuvo a su enemigo debajo de él y levantándose de un salto, teniendo su mano cerrada donde apretaba su tesoro, se arrojó al mar hundiéndose para salvarse del ladrón; pero éste se arrojó también tras aquél y fué en su busca. ¡Lucha de titanes parecían los dos pescadores abrazados dentro del líquido elemento!

Blake cogió a Felipe—que sólo podía defenderse con una sola mano—por el cuello y le ahogó. Jardine y su tesoro fueron al fondo del mar: rodó por el seno tenebroso la perla homicida, como la lágrima helada de una feroz deidad marina.

Un momento después, el ladrón Blake salía a la orilla, al lado mismo donde se hallaba en actitud de horror la compañera de Felipe Jardine.

—Blake, ¿le has matado?—inquirió Carmina espantada.

—Sí, le he ahogado—contestó el ladrón cayendo casi exánime en la arena lamida por las olas.

El alma vampiresa de Carmina no experimentó ningún pesar por la terrible desgracia acaecida a su amante. Ayudó a levantarse a Blake y le condujo a su morada.

Antes de que la noche tejiera su velo de sombras sobre el mar ensangrentado tuvo Carmina una inspiración satánica.

Carmina fué a ver a Blake a su cabaña.

—Blake, hoy precisamente ha llegado para el pobre Felipe una carta de su padre, perdonándole y remitiéndole 500 dólares para su regreso a San Francisco.

—Bien, ¿y qué?

—Te voy a proponer lo siguiente: tú y yo partiremos para América, a explotar este rico filón. Toma los papeles del muerto y te haces pasar por él.

—Pero ¿cómo quieres que yo pase por Felipe ante su propio padre?

—No hay peligro. Estoy enterada de su pasado, de su familia, pasado que te iré contando. Tienes que tener en cuenta, Blake, que Felipe era un adolescente, un chiquillo cuando se escapó de su casa... ¿Quieres? Sólo una condición te impongo para entregarte todos los papeles y documentos de Felipe...

—¿Y es?

—Que cuando hayas obtenido la riqueza que tendrás me hagas partícipe de ella.

—Convenido.

—Pues a preparar la partida para embarcarnos en el primer buque que toque en nuestra isla.

III

Algunas semanas después, los dos impostores navegaban con rumbo a San Francisco en donde entraron ambos sedientos de ambición y de dinero. Como el árabe sediento ante un oasis, así jubilaba Blake ante la grandiosa ciudad californiana, meta de su ambición, última etapa triunfal de su vida de azares y miserias.

Una voz imperiosa, dentro de él—la voz de la conciencia—se alzaba contra la acción villana que iba a cometer. Pero la lucha, la decepción y el infortunio habían gastado y como hipertrofiado los resortes de su conciencia.

Blake, antes de presentarse en el palacio del señor Jardine, padre de Felipe, se equipó como correspondía a quien provenía de tan alta estirpe. Buscó un hotel donde dejó a Carmina, su cómplice y provisto de toda la documentación de su víctima, determinó presentarse a su supuesto padre. Mas antes, Carmina le había advertido:

—Recuerda, Blake, que tu futura y ya próxima fortuna a mí me la deberás; por consiguiente no extrañará que te exija parte de aquélla; si bien muy poco te exigiré: me con-

tento con una casita, criados y un Hispano... ¿Estás?

—Estoy dispuesto a visitar a *mi padre* y a entrar en el *paraíso* que mi suerte me depara.

Un taxi llevó al ladrón a los umbrales de su paraíso, o sea a la puerta del palacio de su padre de contrabando.

A su llamada el conserje libretado le abrió la artística puerta de hierro repujado. Al manifestarle el nombre de Felipe Jardine, el criado reverencioso le hizo entrar hasta un lujoso salón, donde momentos después le salió al paso un caballero alto espigado, completamente calvo.

—¿Mi... padre?—balbució interrogando en la duda de que aquel caballero fuese el señor Jardine.

El hombre espigado y pelado, que no era otro que el administrador del señor Jardine sin responder palabra se retiró, volviendo al cabo de un momento hacia Blake, a quien manifestó:

—El señor Jardine me encarga exija a usted las pruebas de su identidad.

Blake extrajo de su cartera un fajo de papeles que entregó al administrador, quien se retiró, y al cabo de pocos minutos volvió a salir y le ordenó:

—Pase usted.

Obedeció Blake y siguiendo al espigado introductor penetró en un salón donde se hallaba un caballero de mediana estatura, con larga

cabellera blanca, rizada, ojos pequeños, saltones, con ceño arrugado y faz severa, sentado en un sillón. Blake temblaba de pies a cabeza.

Cuando estuvo ante el millonario, éste le contempló con actitud de enfado manifiesto y al cabo de un rato le increpó:

—¿Eres tú, Felipe?...

Blake hizo ademán de querer abrazar al viejo; mas éste extendió su diestra como para detenerle y exclamó furibundo:

—¡Maldito seas!... Ahora me arrepiento de haberte hecho volver.

—¡¡Papá!!—clamó Blake extendiendo los brazos en ademán suplicante—. ¡¡Papá!!

—¡Tu vista me causa daño!... Por ti, miserable, murió tu pobre madre. La pena la fué minando, año tras año, hasta que acabó con ella.

—¡¡Perdón!!

—¡Basta de hipocresías!... ¡Si la hubieras querido, canalla, hace ya mucho tiempo hubieras vuelto de tus infames correrías!

—¡¡¡Perdón!!!

—Tú, tú le rompiste el corazón—iba perorando el anciano subiendo el tono de su voz a la par que su cólera—, tú la mataste de pena... ¡Vete, asesino!... ¡¡Vete!!!... ¡No quiero volver a verte más!... ¡¡¡Vete!!!

Blake se volvía para irse; mas el viejo se levantó de su asiento y rugió:

—Aguarda.

Blake detuvo sus pasos. Jardine tomó de encima de la chimenea una fusta, un bergajo, y mostrándosela a quien creía su hijo le preguntó:

—¿Recuerdas este látigo?... Con él te castigué de niño... Con él te castigaré ahora al hombre... ¡¡Vete!!

Blake iba a irse; pero el anciano, furibundo, le ordenó:

—Aquí, de rodillas—Blake cayó de hinojos oyendo estos apóstrofes en tono terrible—: ¡Ah, canalla!... Comprendo... Has vuelto porque estoy ya viejo y quieres mi dinero, ¿no es eso? No tendrás de mí ni un centavo... ni la mitad de un centavo. ¡Toma, toma!

Y Jardine cruzó varias veces el rostro del ladrón, quien se puso en pie con los puños crispados, dispuesto a volver el contundente insulto; pero se retuvo y aguantó aquellos latigazos y otros que el irritado padre descargó sobre aquél que creía su hijo, cuya faz quedó marcada con las huellas de la fusta de nervio de buey.

Ya se iba Blake corrido y castigado, llevando un infierno en su alma.

Un caballero anciano penetró en compañía de una bellísima joven, en aquel momento en el salón donde se hallaba Jardine.

Este caballero es Carlos Saville, un amigo inseparable de Jardine, su eterno contrincante de ajedrez, y la hermosa joven Elena Saville, hija de aquél.

—¿Quién es ese joven que acaba de salir de aquí?—inquirió Saville.

—Es Felipe. Su vista me causa horror.

—¡Se vá!

—Puede irse... No le quiero... ¡No es mi hijo!

—Vete a buscarle, Elena—ordenó el señor Saville a su hija—, que no se vaya.

Corrió Elena a la puerta en el momento en que Blake se disponía a salir y le llamó:

—¡Felipe!... ¿No te acuerdas de mí, Elena Saville, la compañera de tus juegos?... Mi padre es el mejor amigo del tuyo.

Y la joven acarició familiarmente a Blake, a quien supieron a gloria aquellas caricias.

Llegó hasta los jóvenes el padre de Elena y dijo a Blake:

—Felipe, tu padre te necesita. Hace años que no sueña más que en tu regreso. Sé bueno y paciente con él. El dolor le ciega.

Carlos Saville y su hija amansaron al padre irritado y lograron que el hijo pródigo se quedara en casa.

El padre al reconciliarse con su hijo le aconsejó con acritud:

—Felipe, nuestra Elenita es un tesoro. Y digo nuestra porque la quiero como a una hija. Procura quererla tú también y trata de hacerte merecedor de ella y de conquistarla por las buenas ¿eh?... Si no tendrás que entender, telas conmigo.

IV

Tomó, pues, el ladrón, plenamente posesión de aquella casa y de aquellos corazones. Y sin una voz secreta que turbaba la paz de sus noches, hubiera podido considerarse como el hombre más feliz de la tierra.

Varios días habían transcurrido sin que Carmina supiera nada de su socio.

Carmina no tenía un centavo y era menester ganarse la vida. Mientras esperaba la casa, los criados y el Hispano, precio de su criminal combina con el ladrón, entró como bailarina de un "Cabaret" chino, donde, gracias a las muchas que ella poseía y a su poca conciencia, ganaba el oro a manos llenas, oro ignominioso que convertía sus sueños de pobre bayadera, en fastuosas realidades de Nabab.

Aquel día, ocho después de la entrada del ladrón en el paraíso, mientras Blake estaba con su inseparable amiga Elena Saville recibió una misiva de su cómplice que decía:

EL CELESTE IMPERIO
CABARET ARISTOCRÁTICO

Felipe Jardine, mansión Burlinghame.

Espero esta noche tu visita a menos que prefieras mañana la mía. Elíje.

Carmina.

Cuando Blake terminó de leer la carta la escondió y su faz se entristeció pensando en las consecuencias que podría tener su arriesgada aventura.

—¿Qué tienes, Felipe?—preguntó Elena.

—Elena, he decidido salir de viaje... Iré a Europa, a pasar allí el verano.

—Huyes de mí; de mí que te quiero tanto que no puedo vivir sin ti.

—No me preguntes, Elena... ¡Si supieras!... Tengo miedo de esta felicidad... y quiero alejarme de ella.

Esta conversación la sostenían los jóvenes en el precioso jardín y sus padres, mejor dicho, el de Elena Saville y Jardine que se hallaban jugando al ajedrez en una terraza que daba al jardín, vieron con alegría cómo aquellos se besaban... Mas después vieron, cómo, tristes, se separaban.

Elena amaba con una pasión loca a Blake y éste empezaba también a querer a la muchacha, pues además de ser muy bella, le prevenía con mil delicadezas.

V

La noche del mismo día que Blake recibiera la lacónica y amenazadora carta de su cómplice, fué al cabaret chino donde ésta actuaba.

Penetró en el salón cuando Carmina, con un lujosísimo vestido de gasa se dejaba ver todas las formas de su cuerpo. Cuando la artista vió a Blake fué hacia él y agarrándole del brazo se lo llevó a su lujoso camerino.

—Ven aquí, gatito mío, siéntate aquí a mi lado. Sé que haces vida principesca; pero no hay derecho, hijo mío, que te olvides así de mí a quien debes todo tu boato... Recuerda que yo sé que tú mataste a Felipe Jardine, que le has robado o le estás robando su filiación, que...

—Basta, basta...

—Por indicación tuya fué.

—No te enfades, gatito mío, no te enfades: y recuerda que yo te quiero y que todo me lo debes a mí... Vamos, suelta algunos miles.

Blake sacó su libro de cheques y firmó uno por cinco mil dólares que entregó a Carmina.

—¿Estás contenta?

—Sí, pero no satisfecha.

—Tampoco lo estoy yo. No puedo, sin inspirar sospechas, obtener más dinero de Eduardo Jardine. Tus exigencias son realmente exorbitantes.

—Tú tienes la culpa, Blake. ¿Por qué me has dejado sola? Ya sabes que teniéndote a ti, tengo el mayor tesoro del mundo. No es un capricho, no, Blake; mi corazón te reclama... Quiero estar siempre a tu lado, ser amada por ti, ser tu esclava, tu juguete.

Y Carmina acariciaba y manoseaba al ladrón, quien, comprendiendo los manejos de la aventurera, se deshizo de ella casi a viva fuerza y salió.

VI

Las recepciones y fiestas en casa de Jardine se sucedían sin interrupción en medio de un boato y aparatosa opulencia que dejaban muy atrás las fiestas y recepciones de los palacios principescos.

En todas estas fiestas triunfaba el amor de Felipe y de Elena.

En los espaciosos y espléndidos jardines se



Y Carmina acariciaba y manoseaba al ladrón, quien comprendiendo los manejos de la aventurera, se deshizo de ella casi a viva fuerza

celebraban concursos de natación, de polo, de tennis.

Notable fué el concurso de polo entre dos equipos formados por hermosas señoritas en



Notable fué el concurso de polo entre dos equipos formados por hermosas señoritas

traje de baño: dos equipos formados por rubias y morenas.

Felipe y Elena fueron los árbitros de aquel singular partido, montados ambos en dos potros de pura raza.

En el transcurso del partido el potro montado por Elena Saville se desbocó y huyó a

campo traviesa llevando a su jinete a una muerte probable. Felipe, o sea Blake, fué en persecución del potro desbocado que, en momento de ir a precipitarse en un abismo dió con su preciosa carga al suelo.

Felipe corrió en auxilio de Elena que se hallaba sin sentido tendida en la hierba. La cogió en sus brazos, la acarició y cuando la joven volvió en sí y se halló en el dulce regazo del hombre a quien amaba, le sonrió amante.

—¡Elena, mi Elena, mi alma, mi vida!... ¡Háblame, por Dios!... ¡Háblame, amor mío!

Y Blake la besó en la boca.

—¡Hola, hola, señor indiferente!... ¿De modo que me quiere usted?... Ja... ja... ja... ¡Oh, Felipe de mi alma!... ¡Dime que me quieres que quieres mucho a tu nenita!

—¡Sí, sí, te amo Elena, vida de mi alma!

Aquellas palabras fueron oídas por los señores Saville y Jardine, quienes habían corrido en el automóvil de éste a auxiliar a la joven, y al asomarse, por entre unas matas, al sitio adonde los muchachos se hallaban abrazados, se miraron sonriendo gratamente sorprendidos:

—¡Vaya, los casamos!—exclamó Jardine.

—¿Este es tu hijito?—dijo a su vez Saville, riendo—. ¡Famoso botarate!... ¡Tenía que aguardar a que mi hija se rompiera el cuello para dispararle su declaración amorosa!

—Vámonos, Saville, que los muchachos no nos vean... ¡Es cosa hecha!



—¡Sí, sí, te amo, Elena,

Dos días después los grandes rotativos publicaban en las notas de sociedad:

El próximo día 20 se celebrará el enlace del señor Felipe Jardine con la señorita Elena Saville. La comida y baile prometen ser una fiesta que llamará la atención.

En efecto, en la fecha indicada se celebró el gran banquete y durante el mismo, y en el propio salón donde aquél se celebraba se dió una fiesta teatral.

El encargado de la misma, el mayordomo, buscó los elementos más valiosos que actuaban en los principales coliseos de la ciudad y entre ellos, Carmina, conocida por los aristócratas frecuentadores del "Cabaret" chino donde aquélla actuaba.

Carmina fué la organizadora de la función teatral que preparó con el pensamiento fijo en una venganza sangrienta.

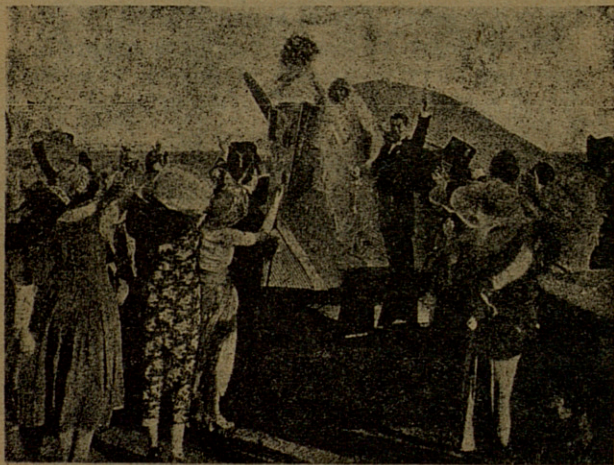
A los postres se levantó el telón. La escena representaba el fondo del mar, donde se veía una inmensa concha madreperla. Un pescador de perlas baja al fondo del mar, abre la concha y aparece una hermosísima mujer, figurando la perla: esta mujer era Carmina. Cuando el pescador se hubo posesionado del tesoro, otro pescador se lo quiere arrebatar; luchan ambos y el ladrón da muerte al poseedor de la perla.

Aquella escena impresionó tan vivamente al

novio que simuló una indisposición y salió de la sala.

Blake fué entre bastidores para afeer a Carmina su innoble proceder.

—Carmina, no te temo... Sé que no tendrás



...Felipe Jardine y su bellísima esposa se trasladaron en un aeroplano a su finca de Del Monte.

jamás el valor de traicionarme... Tu suerte está ligada a la mía... Habla, delátame, y los dos daremos con nuestros huesos en la cárcel.

—Veo que te ha impresionado la escena...

—¡Fuera de aquí al instante; y no vuelvas a presentarte ante mi vista.

El señor Jardine que había seguido a su hijo le dijo:

—Comprendo, hijo mío, un hombre que se casa con una mujer como Elena Saville debe destruir sin piedad todos los lazos sentimentales que le atan al pasado.

—Padre—contestó Blake emocionado—, no soy digno de Elena... Es monstruoso, injusto, que yo me case con ella... Mi pasado es un abismo que nos separará siempre.

—No, hijo mío... Ese pasado está ya borrado. Elena y tú os queréis y el porvenir os promete un mundo de felicidad y de dicha.

Se celebró la ceremonia religiosa y terminada ésta Felipe Jardine y su bellísima esposa se trasladaron en su aeroplano a su finca de Del Monte.

VI

Cuando los novios llegaron a la finca de Del Monte era ya de noche.

Felipe acompañó a su esposa hasta la puerta de la cámara nupcial.

—Felipe—le dijo su esposa—, déjame sola

hasta que me despoje de mis vestidos. Ya te haré llamar por la doncella.

Se besaron y la esposa entró en el dormitorio.

Blake se sentó en un sillón mientras esperaba. En los umbrales del Paraíso, la voz de su conciencia se hizo imperiosa, irresistible: "No entres, no entres, ladrón"—le decía con imperio. Su remordimiento subió de punto. Agotado por una lucha dolorosa, Blake capitula ante su conciencia. "Diré la verdad, aunque el precio sea mi eterna desventura."

Y sin pensarlo más se levanta y determinado va a la puerta de la cámara nupcial y llama. Nadie contesta. Empuja la puerta, forcejea y al fin se abre. ¡¡Oh!! ¡Horror! Ante él, en vez de Elena, se presenta Carmina.

—¡Tú!!... ¡Carmina!!

—Yo, sí, ¿qué te extraña?

—¿Y Elena?

—Elena ha marchado a San Francisco en el mismo auto que me ha traído a mí.

—¿Qué has hecho, miserable?... ¿Qué negra mentira le has dicho para separarla de mí?... ¡Habla!

—¡Sí, sí!... Le he mentado... Le he dicho que eras mi amante; que sólo me querías a mí, y que tus cheques comprobaban mi silencio!... Pero ella no sabes que eres un profesional del robo, que eres un asesino, ni que ocupas el lugar de tu víctima,

—¿Por qué has hecho eso, miserable reptil?

—¿Por qué he hecho esto?... Porque te amo, Blake; porque no quiero que nadie me robe tu cariño. ¿Lo oyes?... ¡Nadie!

VII

Al día siguiente por la mañana, Blake pensaba: "Estoy rendido, prefiero morir antes que soportar el martirio de este remordimiento. La mentira, como un dogal, me apreta la garganta y el corazón. Voy a decirle la verdad... ¡Acabar de una vez esta farsa maldita!"

Con estos pensamientos se presentó a su supuesto padre y con resolución y enteraza confesó:

—¡Eduardo Jardine!... Tengo que decirle la verdad. Perdóneme... Pero yo no soy su hijo...

—¡Eh?!

—Su hijo Felipe murió en China. Yo tomé sus papeles, sus cartas; su nombre; vine aquí...

—¿Quién eres tú?

—Jim Blake... ¡el aventurero Blake!... ¡Blake el ladrón! Fuí en otro tiempo un hombre digno, un caballero principal; pero la fatalidad me marcó con su estigma: fui rodando de abismo en abismo hasta llegar al fondo de la miseria humana. Mi padre arruinado, mi ma-

dre muerta de pena y miseria. Esas visiones de mi infancia me marcaron la ruta... No tuve más que un dios: el dinero. Para conquistar ese dinero he tomado el nombre del muerto. He robado, pues, su nombre, su casa, los corazones que le amaban...

—¡¡Miserable!!... Si no fuera por el escándalo y porque sus salpicaduras mancharían dos nombres honorable, ¡te mandaría a presidio!... Me has robado hasta los sentimientos de mi alma: ¡llegué hasta sentirme orgulloso de ti!

—Y yo, señor... le venero, le quiero, Dios es testigo, como si fuera mi propio padre.

En aquel momento entró Elena y el ladrón se dirigió a ella:

—Sé que no tengo perdón; pero confieso que te amo, Elena... ¡Adiós para siempre!

Salió Blake. Un minuto más tarde Eduardo Jardine, Carlos Saville y su hija oyeron un disparo de arma de fuego. Todos corrieron al dormitorio de Blake a quien encontraron tendido en el suelo, bañado en sangre.

Ante aquél que creía muerto, Eduardo Jardine lloró lágrimas de perdón.

Felizmente, la herida no fué grave. Los solícitos cuidados de la amante Elena restañaron la sangre purificadora, restablecieron la salud y redimieron el alma de Blake quien, con el nombre de Felipe, tomó definitivamente posesión de su paraíso.

FIN

Núm. 154-BIBLIOTECA FILMS-7 Dibre.

La sugestiva y emocionante novela

El rata de París

por los simpáticos artistas

MAE MARSH

IVOR NOVELLO

Postal: DUSTIN FARNUM

25 céntimo*.

Ya está en venta la romántica novela

FAUSTO

creación de los eminentes artistas

EMIL JANNINGS

GOSTA EKMANN

CAMILA HORN

PUBLICADA EN

FILMS DE AMOR

50 CENTIMOS

COLECCIÓN

Biblioteca Infantil Cinematográfica

Cada no va consta de CUATRO CUADERNOS
Cada cuaderno DIEZ CÉNTIMOS

Guarda de faro

por RIN-TIN-TIN

Buen testigo

por RIN-TIN-TIN

Perseguido en la nieve

por RIN-TIN-TIN

La senda de la caravana

por TOM MIX

El trapero

por CH'QUILÍN

Más aprisa

por TOM MIX

Los dos pilletes

por J. FOREST y L. SHAW

La puerta fatal

por HOOT GIBSON

LEED CADA JUEVES

Biblioteca Infantil Cinematográfica

¡ÉXITO SIN PRECEDENTES!

**YA ESTÁ
EN VENTA
EL**



Almanaque TOM MIX

Artística portada
a varias tintas

Vida y anécdotas ilustradas
del célebre caballista y cowboy

TOM MIX

Profusión de grabados :: ::
Historietas - Aleluyas - Cuentos

SOLO CUESTA 30 CÉNTIMOS

CÓMPRELO ANTES DE QUE SE AGOTE

— PEDIDOS A —

BIBLIOTECA FILMS - Valencia, 234 - Barcelona

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGO GRATIS

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Barcelona